



## Morir en Madrid

**T**ENIA diecinueve años y dejó su vida en una calle de Madrid, en la mañana del domingo pasado. Fue abatido por un pistolero de Cristo Rey, por uno de esos asesinos sueltos que así predicán su "cristianismo": a tiros.

Conocidos nos son, por transparentes, los designios de estos "predicadores". Asunto más oscuro es saber bajo la bendición de quién actúan, saber cómo pueden operar en la más total impunidad.

A orillas del charco de sangre dejado el domingo, en la calle de la Estrella, por Arturo Ruiz García, un policía de la Brigada Antidisturbios decía a otros: "Y encima nos echarán la culpa a nosotros". ¿A quién o a qué acusaba ese policía? "Díganlo, digan quién la tiene", le dijo uno de los testigos presenciales del asesinato.

Testigos presenciales: Rosario Arcas Díaz, Jacinto Roldán García, Javier Alajarín Ferrándiz, Alfredo García Moreno, Manuel Calero, Helios Salas y Gerardo Novales, entre otros.

Es Gerardo Novales, ingeniero y miembro del Comité Provincial de Madrid del PCE, que recogió los casquillos de las balas, quien nos relata el suceso:

—Éramos un grupo de unas cuarenta o cincuenta personas las que nos hallábamos en la embocadura de las calles de Silva y de la Estrella. Habíamos confluído allí tras haber sido dispersados violentísimamente por los guardias en la Gran Vía. De repente, aparecieron corriendo dos o tres personas, que gritaban: "¡Cuidado! ¡Que vienen los guerrilleros!". "Sí, somos guerrilleros de Cristo Rey, ¿qué pasa?", dijo un individuo corpulento, muy moreno, de unos treinta años y de aproximadamente 1,72 de estatura, que vestía una chaqueta a

cuadros, sin solapas. Llevaba una manopla de hierro en la mano derecha. Alguien gritó: "¡Cuidado! ¡Lleva pistola!". El individuo hizo ademán de llevarse la mano al bolsillo. En ese momento se oyó un disparo efectuado en la calle de Silva, entre las de la Estrella y de la Luna, cerca de un aparcamiento de coches. Al oír el disparo, el individuo retrocedió unos tres o cuatro metros, aproximándose al que lo había efectuado, un tipo delgado, de unos cincuenta años, de mediana estatura, al que le pidió la pistola con que había disparado. El joven cogió la pistola con la mano izquierda, se quitó la manopla de hierro de la derecha y vino hacia la calle de la Estrella. Se paró, abrió las piernas, apuntó cuidadosamente y disparó. Yo no vi caer al herido, sólo le vi unos segundos después. Echaba sangre por la boca y su cara parecía de cera. Estaba tumbado en la acera. El tiro parecía haberle entrado por la espalda, a la altura del corazón. Lo metimos en un coche que salía en ese momento del aparcamiento y los que nos quedamos allí empezamos a identificarlos como testigos.

Los asesinos habían huido inmediatamente y algunos que salieron en su persecución encontraron el obstáculo y los porrazos de los guardias. Los asesinos tuvieron, al parecer, mejor suerte.

—La Policía —continúa diciéndonos Gerardo Novales— se presentó muy tardíamente. Se quedaron pasmados al enterarse, y nos vieron tan exaltados, que renunciaron a aporrearlos. Yo le dije a uno que tenía los casquillos de las balas y me los pidió. Yo me negué, diciéndole que sólo se los entregaré al juez. Hube de salir corriendo para evitar que me los quitara. Ahora están en poder del juez.

Los guerrilleros volvieron a campar por sus fueros el domingo en Madrid. En unos cuarenta se estima el número de los que componían el grupo del que formaba parte el asesino de Arturo Ruiz García.

En las proximidades de Radio Madrid se vio a otro guerrillero disparar su pistola. Testigo de ello fue el cantante Teddy Bautista, del grupo de Los Canarios, y por serlo recibió una tremenda paliza de los guerrilleros.

Entre diez y quince mil personas evalúan las organizaciones de la oposición democrática el número de participantes en la manifestación del domingo en Madrid, que en ningún momento pudieron con-

centrarse en un bloque compacto ante el extraordinario despliegue de fuerza hecho por la Policía, que llegó incluso a sacar los caballos por el centro de la capital.

Interminable sería el relato de las escenas de violencia de que los madrileños pudimos ser testigos el domingo. De una violencia inútil, gratuita, pues, como han dicho todas las organizaciones de la Comisión Pro Amnistía, la manifestación hubiera discurrido por cauces pacíficos de haber sido autorizada. De ahí que los comunicados hechos públicos por los partidos y las centrales sindicales invoquen la responsabilidad del gobernador civil y muchos exijan su dimisión.

Pero la violencia no acabó con la manifestación de la mañana. La noticia de la muerte de Arturo Ruiz García corrió como un reguero de pólvora a primeras horas de la tarde, de un extremo a otro de la capital. Numerosas manifestaciones se desarrollaron por la tarde en varios barrios de la ciudad, y en uno de ellos, en Vallecas, una mujer resultó herida de bala. La trayectoria de la bala, que le entró por el glúteo y le salió por un pulmón, parece indicar que debía hallarse en un balcón presenciando la manifestación. Uno de esos tiros al aire que, como ya sabemos, suelen resultar infalibles.

La tensión en Madrid en la mañana del lunes era enorme, con desarrollo de nuevas manifestaciones callejeras. Una tensión agravada y crispada por la noticia del secuestro del teniente general Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. La coincidencia, o por mejor decir, la secuencia en el tiempo de ambos sucesos es reveladora de los propósitos que animan a los que están urdiendo esta escalada de violencia. ■ M. S.

### El secuestro del general Villaescusa

## La escalada de la violencia

**E**RA lógico que el propósito del Gobierno tropezara con las dificultades que todos los días van surgiendo en la calle", decía Martín Villa, el responsable del cada día más alterado orden público, a los nuevos gobernadores civiles horas después de que dos dramáticos hechos se sucedieran en las calles de Madrid: el asesinato de Arturo Ruiz García y el secuestro del presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, Emilio Villaescusa Quilis. Y

Martín Villa, con un tono más melancólico que nunca añadía: "Y era lógico, porque estábamos intentando, lo estamos intentando, no caeremos en el intento, una especie de milagro político".

A las 9,45 de la mañana del lunes, según la nota oficial de la Jefatura Superior de Policía de Madrid —única fuente fidedigna de que se dispone hasta el momento—, el teniente general Villaescusa era empujado hacia su propio ve-

hículo oficial, un Mercedes matrícula del Ejército de Tierra, por cuatro jóvenes, según declaraciones del portero de la finca en la que reside el general —en O'Donnell, 49—. Un vehículo oscuro con dos supuestos falsos militares y un 124 escoltaron al Mercedes hasta la calle 12 de Octubre, situada a un kilómetro del lugar del secuestro. Allí el general fue cambiado de vehículo. En Legazpi sería abandonado el conductor del coche oficial. Uno de los secuestradores tenía una cicatriz en un ojo.

Estos son los únicos datos ciertos que se tienen en el momento de redactar estas líneas. Los médicos que atienden de una afeción cardíaca al general han hecho públicos por todos los medios la medicación que debe seguir el señor Villaescusa. Y nada más. Fuera de las noticias queda la ansiedad reinante en los medios de comunicación, en los despachos ministeriales, en buena parte del país. Corren los rumores de todos los tipos. Algunas agencias han transmitido la noticia, sin confirmar, de que ciertos medios oficiales consideran el secuestro como acto del GRAPO. Se habla de trascendentes reuniones entre altas instancias militares y el presidente del Gobierno. Se dice que las tropas de los tres Ejércitos, así como las de la Policía Armada y la Guardia Civil están

acuarteladas. Es posible, siempre según estos rumores que nacen por centenares cada minuto, que se decreta algún tipo de medida de excepción.

En un primer momento hubo quienes pensaron que el secuestro podía estar directamente relacionado con el asesinato de ayer. Que era una especie de contrapartida en esta tenebrosa ley de la violencia, en esta premeditada estrategia de la violencia que tiene por escenario las calles españolas. Pero el secuestro del teniente general Villaescusa Quilis es necesariamente algo más. En primer lugar es un militar, y además un militar importantísimo, con una trayectoria profesional de lo más significativa. Es presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar desde julio del pasado año. Está ligado a los grupos más conservadores del Ejército, aunque nadie puede caracterizarlo como "ultra" destacado. Se dice de él que es un profesional y en absoluto un activista político. Nacido el 18 de febrero de 1912, tiene por tanto casi sesenta y cinco años y le queda algo más de un año antes de su paso a la escala B. /rocede de la Academia General Militar de Zaragoza, donde ingresó a los diecisiete años y donde conoció personalmente a Franco. A los veinte fue promovido al empleo de teniente de Artillería. La guerra civil



El teniente general Villaescusa, durante la apertura del año judicial, el pasado septiembre.

le coge en Madrid, desde donde escapa uniéndose, tras atravesar los Pirineos, a la Primera División Navarra. En 1937 es ascendido a capitán. Fue herido en la guerra. En 1941 marcha a la Unión Soviética con la División Azul. En el río Volchov, donde manda la primera batería de artillería, es nuevamente herido. Ascende a comandante por su actuación en la campaña en 1943; teniente coronel en 1951;

coronel en 1961; general de brigada en 1965; general de división en 1968, y teniente general en 1971, cuando contaba sesenta años de edad.

En 1969 ocupa el puesto de gobernador militar de Huesca. En 1971 es nombrado capitán general de la VII Región Militar y en 1973 capitán general de la I en Madrid. En noviembre de ese mismo año será nombrado jefe del Estado Mayor Central, cargo que desempeñaba cuando en julio del pasado año fue nombrado presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. Está condecorado con importantes medallas militares españolas y alemanas.

Repetidas veces se ha hablado de la estrategia de la violencia. Repetidas veces se han señalado las dificultades de un proyecto político como el que está tratando de llevar adelante el Gobierno, sin eliminar abiertamente, y con un decidido empeño democrático, focos de tensión política y social. Repetidas veces se ha denunciado la decidida acción de las fuerzas enemigas de todo cambio. Pero el secuestro de Emilio Villaescusa Quilis es sin duda el punto álgido, el momento crítico, en esta fumosa situación en la que las prohibiciones de manifestaciones, la negativa a conceder la amnistía sólo pueden servir de campo abonado a los profesionales de la provocación. ¿Qué puede ocurrir? Es imprevisible, pero se confía en la serenidad del Ejército. El Gobierno quiere hacer un milagro, como decía Martín Villa. Pero no existen los milagros, si no es con las gravísimas consecuencias que hoy padecemos. ■ CARLOS ELORDI.



El vicepresidente primero del Gobierno, Gutiérrez Mellado, llega al domicilio del teniente general Villaescusa poco después de producirse el secuestro del presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar.